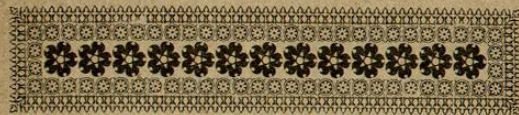


 NUESTRAS COSAS



NUESTRAS COSAS.

*Señor Don José María Flores Verdad,
bibliotecario, etc.*

San Luis Potosí.

QUERIDO PEPE:

MIENTRAS no bajen el porte de la correspondencia te escribiré por conducto de este famoso periódico, (1) en cuyas columnas me honro en publicar mis habladurías, merced á la

(1) *La Libertad.*

bondad de su ilustrado director; y eso por no adoptar el único medio aceptable aquí para economizar en portes de correos y es el de enviarte mi carta, vía San Petersburgo. Caminando seis ó siete mil millas de ida y vuelta, después de haber tenido el gusto de estar unos días cerca del Czar, llegará á tus manos por el módico precio de doce centavos. Este sistema es dilatado, pero seguro; lo mismo que el de las tranvías de esta capital, en las que puedes ir á todas partes por el camino más largo y llegar una hora después; pero llegas, que al fin entre nosotros eso de la puntualidad es, otra de *nuestras cosas*.

Tenemos ya muchas cosas buenas; tan buenas como las de los países más cultos; solo que, somos tan desgraciados, que las cosas mejores del mundo, toman al implantarse aquí, el carácter de *cosas nuestras*. Londres, París, Nueva-York, Washington y México, tienen luz eléctrica, y cada cual la tiene como cosa suya: en consecuencia, nosotros la tenemos como *cosa nuestra*.

Alumbra cuando no se le descompone algo, y hace en la plaza de Armas el mismo efecto que cuando alumbras la sala de tu casa poniendo la palmatoria en el suelo. Dicen que los empresarios de esta luz son muy entendidos, y que los aparatos son de la misma forma de los que usan en Londres; pero ninguno de estos dícere destruye la observación de que nuestras luces están demasiado bajas. En efecto, están dos varas más altas que las del gas; pero entre la luz de gas y la luz eléctrica hay una diferencia tal, que si la altura de la luz debe estar en razón directa de su intensidad, los focos de luz eléctrica deben colocarse tres veces más altos de lo que están; quiere decir, á la altura de las azoteas, y entonces resultaría: 1.º que se aprovecharía toda la esfera de luz de los focos; 2.º que se iluminaría mayor espacio; 3.º que la luz sería más difusa y menos molesta, y 4.º que los focos no formarían con frecuencia un ángulo agudo, cuyo vértice es el ojo del transeunte que se agacha

ó se cala el sombrero para pasar con felicidad al través de ese exceso de civilización. Por otra parte, los postes están sujetos á contingencias difíciles de prevenirse; y si un poste cayera por cualquier accidente durante las horas de la electricidad, los alambres conductores tendrían ancho campo para producir en los alumbrados transeuntes una cadena de desgracias.

También el gas del alumbrado ha llegado á la categoría de *cosa nuestra*: al principio estaba brillante como cosa nueva, y nosotros muy contentos, pero á la presente alumbra menos que el aceite de nabo del tiempo de los virreyes; y la empresa, como se va haciendo vieja, ya aprendió todos nuestros resabios y nuestras negligencias. ¿Creerás que mantiene y paga dependientes que apagan la luz del gas soplándole? Pues ni más ni menos. Es cierto que por este procedimiento se llega al mismo fin, quiere decir, á extinguir la luz; pero el gas, que no entiende de soplidos, así como los dependientes no entienden de gases,

sigue saliendo por el quemador en frío, agregando ese nuevo perfume y ese atractivo más á las inmundas calles de esta ciudad; y así todo el mundo no solo vé que tenemos gas, sino que lo huele, cosa que no entró en los cálculos del inventor del gas, y tuvo razón, porque, francamente, huele mal. Ya ves si somos desgraciados en materia de luces; y tengo para mí que todo esto consiste en la maléfica influencia de los faroles, á los que, como sabes, tengo una aversión decidida desde que he visto que sirven para falsificar la instrucción pública y el patriotismo, según habrás visto en un artículo que publiqué no hace muchos días.

Todas estas mejoras nuestras forman una brillante perspectiva al través de las gacetas de periódicos y de una distancia como la que media, por ejemplo, entre México y San Luís Potosí; pero vistas de cerca son otra cosa. Estoy seguro de que se te ha hecho agua la boca y has suspirado por regresar á esta metrópoli, cuando algún mal

intencionado te ha ido á contar que el Zócalo está muy bonito. Pues, oye: no lo creas: es cierto que se ha gastado mucho dinero, y esto es precisamente por lo que muchos pobres creen que está muy bueno; porque está probado, desde Semíramis, que para tener bonitos jardines es necesario gastar mucho dinero, pero con talento; y luego, que como aquí no hemos podido gastar todo lo necesario, resulta que las obras de lujo están como incrustadas en la miseria y el deterioro, que es el sello nacional de *nuestras cosas*. Algunas pulgadas fuera de una banqueta de mármol, que costó algunos miles de pesos y que desaparece bajo una capa de polvo y de basura, te hundes en el fango, tropiezas con guijarros ó cojeas sobre las sinuosidades de un empedrado que pedregal debía llamarse. Si son las fuentes, allí están, pero sin agua, con unos cisnes que fueron blancos, después verdes y ahora dejan apenas percibir un color indefinible al través de su respectiva capa de polvo y telarañas; en el fondo de

las fuentes se conserva un poco de fango; y el otro día que el ayuntamiento hizo un esfuerzo para probar si los cisnes podían echar agua, sucedió que algunos de ellos salivaron unos cuantos minutos, como atacados de congestión cerosa ¡pobres cisnes! En cuanto al borde de la fuente, como no hay asientos por allí cerca, están barnizados con esa exudación grasosa de nuestro pueblo que encuentra de su gusto convertir el brocal en banca, y á tanto restregarse en aquella cantera le ha llegado á comunicar el color indefinible de los cisnes. Hé aquí la fotografía de las grandezas del Zócalo, sin contar con que cuando riegan, que es de tarde en tarde, ó cuando se revientan las cañerías, que es seguido, se pone el jardín intransitable. Mira si somos desgraciados. En cuanto á los árboles te diré que nos hemos encontrado nuestra media naranja. Los árboles de jardín que hemos visto en otras partes importados de la India, del Japón y del Brasil, son hermosos por su forma y por su follaje y por su exuberante florecencia.

Nosotros tenemos decididamente muy mala mano para plantar árboles, y en cuanto á aclimatarlos todavía estamos muy lejos de esas gollerías. ¿Crearás que no hemos podido conseguir que prendan los árboles en las avenidas? todos se secan; pero como te decía, nos hemos encontrado con nuestra media naranja. Hace algunos años comenzaron á plantarse los eucaliptus; y este es el árbol que nos conviene, porque crece sin hacernos caso, y á pesar de nuestra negligencia; le sucede lo que al plátano entre los negros, según el elegante decir del poeta Bellón:

*Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar á sus fatigas mano esclava.*

El eucaliptus crece en medio de la incuria y del abandono, lo mismo que en invernadero, y se aviene tan bien al suelo pantanoso de nuestro valle como á nuestra desidia. Ello es cierto que los árboles son feos y no son propios para jardín, que intercep-

tan la vista de los edificios y producen su sombra, por lo alto de sus copas, donde no se ha menester; pero no le hace, ese es nuestro árbol y su adaptación es una de *nuestras cosas*.

Ya te contaré en otra carta, que no irá por la vía de París sino por conducto de *La Libertad*, muchas *cosas nuestras* por supuesto, respecto á lo que pasa en el Zócalo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 BORTERREY 1877

36211